



Jesucristo difunto en brazos del Padre Eterno.—*El Greco*.

Empezó pintando en Toledo el retablo de *Santo Domingo el Antiguo*, con las formidables figuras de San Juan Evangelista y San Juan Bautista. Fué después a la Corte, y pintó, por encargo del rey, *El martirio de San Mauricio* para El Escorial. Pero al rey no le gustó. Las figuras del *Greco*, excesivamente esbeltas y llameantes, no convencían a muchas personas de su época ni a veces se entienden ahora tampoco. Algunos han querido explicarlo por un defecto en la vista del pintor; otros, por cierta locura. Seguramente nada de esto es cierto. El *Greco* pintaba así por gusto y genialidad, por cierto deseo de idealizarlo todo y darle mayor fuerza mística. Volvió entonces, ya para siempre, a Toledo, la ciudad amada, tan cercana a su

espíritu. Pintó entonces *El expolio*. Su técnica es valiente y atrevida, se aleja por primera vez en las medidas formas italianas y emplea unos colores maravillosos, como manchas deslumbradoras. Sus cuadros reciben la mirada y el alma, como encantadas, y mueven a los más altos pensamientos. Quizá su obra mejor sea *El entierro del conde de Orgas*; el cuadro tiene como dos partes: en la inferior, dos santos sostienen el cuerpo del caballero, y un grupo de personajes, nobles y sacerdotes, les rodean; en la superior se muestra la visión de la Gloria. Las figuras del cielo son mucho más delgadas e irreales y la luz es también sobrenatural. Los retratos de los personajes son magníficos y todo el cuadro tiene una grandeza inexplicable. Igual ocurre en la *Crucifixión*, del Prado. Otro lienzo impresionante es el *San Ildefonso*, del Hospital de Illescas, lleno de elegancia y sosiego, con unas manos bellísimas. Son también típicos del *Greco* sus retratos. Algunos muy sencillos, plenos de vida interior, como el del famoso *Caballero de la mano en el pecho*. Otros, llenos de color y fuerza; por ejemplo, aquel del inquisidor Niño de Guevara. Muchas veces pintó el paisaje como fondo, un paisaje muy especial, en el que casi siempre hay ciudades oscuras, reacias, bajo un cielo de nubarrones, como él



Visión de San Pedro Nolasco.—*Zurbarán*.